

4 COLUMNAS DEL CATHOLICISMO ESPAÑOL DE HOY

Y A no sólo desde el terreno de las realizaciones sociales del nuevo Estado español, sino desde el plano de la iniciativa privada, el esfuerzo hecho por el catolicismo en España para elevar el nivel medio de la formación religiosa del pueblo y multiplicar los instrumentos de apostolado es realmente extraordinario, sin que tenga precedentes en la historia del país. Un movimiento juvenil de inquietudes apostólicas, de hondo fervor religioso, de piedad sólida y creciente, se respira en la vida escolar y universitaria y se proyecta en la fábrica y en el taller. El joven obrero español de hoy ya no se parece en nada al de antaño, maleado desde su infancia por doctrinas corrosivas y prejuicios de lucha de clases. Gracias a los planes educativos de los Centros o Escuelas de Formación Profesional y Preaprendizaje, en los que la preparación del aprendiz está saturada de espíritu religioso y patriótico, el futuro obrero de España no puede presentarse más halagüeño. Los 4.000 aprendices que cursan sus estudios en las Escuelas Salesianas y las decenas de millares de pequeños acogidos en esta clase de Centros de formación profesional obrera, por los Jesuitas, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los Patronatos de Acción Católica, no son más que el comienzo de los grandes planes con que los católicos españoles se han lanzado a una obra tan importante, que encuentra el más decidido apoyo oficial. Complemento de esta empresa son las Hermandades Obreras Católicas, los Institutos Sociales Obreros, para la formación de dirigentes, y las Escuelas Sociales Sacerdotales, creada, la primera, a iniciativa del actual obispo de Málaga, Dr. Angel Herrera Oria, con el fin de formar sacerdotes para el apostolado social. Todo esto, aparte de los Seminarios de Estudios Sociales que sostiene la Acción Católica española, a base de destacadas figuras de la investigación sociológica, y de las famosas Semanas Sociales de España, que cuentan ya con medio siglo de existencia, y que, después de fundadas, habían de ser imitadas por los sociólogos cristianos de otros países.

Los Patronatos creados en Córdoba, Valencia, Málaga y otras diócesis para ayudar a la solución del problema de la vivienda, mediante la construcción de casas de renta reducida, son cada vez más numerosos, y el ensayo, que han llevado a cabo con éxito, demuestra las enormes posibilidades y el entusiasmo con que la Iglesia y los católicos españoles se han dedicado, en estos últimos años, a una acción social amplia y profunda, que abarca desde la beneficencia hasta el apostolado por radiodifusión. Así, hoy existen unas 12.000 fundaciones benéfico-privadas, la mayoría de las cuales están regentadas por religiosos, y los sacerdotes, religiosos y religiosas tienen a su cargo también las de carácter público u oficial, en las que ejercen una acción de apostolado cada vez más admirable, frecuentemente premiada por el Gobierno y otras Corporaciones públicas. Esta misma influencia se hace sensible en los Patronatos de Protección a la Mujer, de Protección de Menores y en los Tribunales Tutelares.

Las grandes misiones diocesanas, en las que se movilizan centenares de religiosos y sacerdotes, constituyen todos los años renovados testimonios de fervor popular. Gracias a la obra «La Voz de Cristo en las Empresas», los obreros pueden escuchar todos los años la llamada a la oración y a la penitencia durante el tiempo cuaresmal. Y pasa de varios millones el número de niños de obreros que han desfilado por las catequesis parroquiales o auxiliares en estos últimos años.

Sin embargo, las obras más ricas en frutos y de mayor eficacia han sido las de los Ejercicios espirituales para obreros y la de la recristianización de los suburbios de las grandes ciudades. Solamente en Asturias, y para los trabajadores de las minas, funciona todo el año una Casa de Ejercicios, por la que han desfilado ya varias decenas de millares de ejercitantes, a quienes esta obra se encarga de gestionar económicamente todo lo necesario para ellos y sus familias mientras duran los días de retiro.

En cuanto a la obra de suburbios, es demasiado importante para reducirla a pocas líneas. Baste decir que en diez años se han creado en el cinturón de Madrid 30 nuevas parroquias, dotadas de toda clase de obras auxiliares y servicios, como escuelas, talleres, dispensarios médico-farmacéuticos, refugios, roperos, comedores, etc., donde reciben educación, trabajo y asistencia gentes modestísimas, que antes vivían en el abandono y en la miseria. Esta empresa está asistida por las Hermandades profesionales católicas y la Acción Católica en general, que auxilia a la jerarquía eclesiástica en las tareas especializadas. Destacan en tan magnífica labor las Hermandades de Médicos y Farmacéuticos de San Cosme y San Damián y la de Enfermeras «Salus Infirmorum», que prestan sus servicios gratuitamente en clínica y domicilio y facilitan también gratis los medicamentos, por costosos que sean. Un Secretariado Nacional de Caridad y varios diocesanos centralizan estas atenciones y llevan un fichero para evitar posibles fraudes en la prestación de la caridad. Sólo el Secretariado de Madrid ha invertido, procedente de las colectas entre los fieles madrileños, más de treinta millones de pesetas para cubrir las necesidades de los suburbios, donde se han construido ya 14 templos, se han creado 137 escuelas y se han montado 44 talleres de aprendizaje y confección.



Niños de los suburbios madrileños, acogidos a «Auxilio Social», hacen su primera comunión.

MIENTRAS la mayoría de las naciones esclavizan el espíritu, sometiéndole a la materia, dando un sentido temporal a la existencia, España se des-carna y ahila, subiendo a las regiones altas de luz de un amanecer eterno. Nuestra hora presente es de amanecer. Buscamos lo ingrátido del aire para meternos en los resplandores de un sol que jamás se apaga. España ha sido espíritu siempre. Lo ha sido en la Teología, en la Filosofía, en el Derecho, en las gestas históricas, en la vida. A España le pesa la carne y el sentido. Huye del fardo de las concepciones dimensionales. No concibe sino la recta ascendente. Ese fué su ideario en San Isidoro, en Juan de Torquemada, en Juan de la Cruz, en Juan de los Angeles, en Malón de Chaide, en San Ignacio. La tradición se mantiene vital. El esfuerzo, en todo su potencial ascético. El hito, en la contemplación divina.

Nación espiritualista España, había de serlo en sus fuentes escriturarias y teológicas. Por eso, renueva España su tendencia espiritualista, organizando Semanas escriturarias y teológicas, a las que acuden los mejores pensadores y donde se estudian todas las cuestiones ex-géticas y dogmáticas desde todos los terrenos: hermeneútics, arqueológicos, históricos. Mientras la vulgaridad científica busca nuevas fuentes, alumbra nuevos veneros en la esencia de uno mismo para explicar los fenómenos místicos, la razón española se adentra por los vergeles de la Escritura, donde crecen las flores del misterio, y no hay más sino cogerlas. La Teología las compone, ordena y sitúa en su lugar. Por eso el espiritualismo español es permanente y se acrece en el correr del tiempo. Por eso la vitalidad espiritual de España vive pujante. Y si por un momento histórico lo penumbra las negaciones, se levanta con más fulgor y fuerza, como el sol tras la tormenta.

Las Universidades y Escuelas teológicas mantienen el rescoldo. Nos encontramos otra vez en nuestro camino. Profesores y alumnos respiran el mismo espiritualismo, fenómeno que no se da sino en España. España, que resistió la invasión del Renacimiento, alforjado de viandas pingües, y el luteranismo, asociado a Baltasar y Baco, no había de ceder su florido carmen a la pestilencia existencialista o a la tabla pitagórica. Su solar es el de las águilas. Vive arriba, cerca del cielo, del azul del cielo. Por eso se da en España el milagro de tantas vocaciones religiosas y sacerdotales. Llenos están los Seminarios, Escuelas y Noviciados de jóvenes que se entregan alegremente a renunciamentos y soledades, que sólo el espíritu puede sobrellevar. Entre esa juventud figuran los llamados de «vocación tardía»; robustos manebos que cargados de laureles universitarios, van a depositarlos a los pies del Señor, tomando su cruz para seguirle al reino de las contradicciones, al tribunal de los esbirros, al calvario de los ajusticiados. Roma, Lovaina, Friburgo de Suiza conocen a estos iluminados españoles, que mantienen el prestigio tradicional de España, en lo espiritual, frente a las «nuevas cristiandades marritenistas y al «progresismo comunistoide» de los enamorados del nihilismo.

El ascetismo y misticismo hispánicos recobran su viejo ritmo cenobita con la restauración y poblado de los monasterios, que fueron antes asilos de sanos pensamientos y virtudes heroicas y que las revoluciones los convirtieron en gloriosas ruinas para mostrárselas a los extranjeros. Bulle en aquellas celdas restauradas el sacro silencio de la codicia espiritual, y se despliega el sentido de lo místico en la salmodia alegre y regocijada, recitada en los templos. Los encapuchados monjes abajan el cielo hasta sus rincones y lo registran, como el ojo del astrónomo las estrellas. Aristócratas regalados y labriegos pardos visten cogullas amplias y oscuras y se dan a los martirios con la sed del que dijo: «Quiero disolverme en la carne para estar con Cristo.» El sortilegio ha cundido entre las juventudes femeninas. Se aprestan ellas a la reforma interior por las privaciones voluntarias; enciérranse unas en los monasterios de mayor rigor, mientras otras se agrupan en comunidades ascetas, en comunicación más directa con el transeúnte, con el viajero de Emaús, para gritarle la próxima puesta del sol y la necesidad de buscar albergue para la noche. Hasta los niños intuyen su destino, por gracia de Dios, inscribiéndose en Asociaciones piadosas para gozar del ejercicio de las buenas obras.

Como antaño, las divinas locuras españolas de conquistadores de reinos para Cristo se han despertado. Las selvas americanas se han acercado a nosotros, y los grandes caminos de tigres y elefantes del Africa los recorren nuestros misioneros con mayor placer que los cazadores de los felinos y paquidermos. No existe punto lejano del globo donde no haya una cabaña misionera española. Las grandes Ordenes monásticas siguen el curso de los grandes ríos asiáticos, y otras que vinieron después rivalizan con ellas en las conquistas de los hombres perdidos en la ignorancia y la superstición. La vitalidad de la Iglesia Católica padece una nueva encarnadura en estos nuevos apóstoles, que han hecho del peligro un contrario para vencerlo.

En fin, España se renueva constantemente, buscando las vías difíciles de escalar las cumbres misteriosas de lo sobrenatural. El mundo comienza a agradecer el esfuerzo. Todavía tenemos para dar. El agua del ánfora judía da sed. España católica da a beber agua viva, agua que crea dentro de nosotros manantiales que saltan a las alturas.

La historia intelectual del catolicismo español y de la heterodoxia en lo que va de siglo no ha sido aún contada, a pesar de que sin ella es difícil, si no imposible, explicar el desarrollo de los acontecimientos políticos. Las obras dedicadas a este período, incluso las más autorizadas y valiosas, prescinden de buscar el origen remoto de los hechos y se contentan con narrarlos, presentándolos como producto inmediato de los azares de la vida política y social. De este modo, la verdadera realidad histórica, la que se forja en la esfera del pensamiento, queda escamoteada.

Es imposible hablar de la vida intelectual católica desde 1939 sin mencionar la huella profunda que no sólo en las letras, sino en los espíritus y, consecuentemente, en la marcha de los sucesos ha dejado la llamada generación del 98—representada, en lo especulativo, por Unamuno y Maeztu—, y separadamente, la obra de don José Ortega y Gasset. Miguel de Unamuno y José Ortega han sido las dos fuerzas más eficaces de secularización de las ideas en la España moderna. Ramiro de Maeztu, vuelto a la Iglesia, trabajó, en cambio, fervorosamente por la fe y el magisterio eclesiástico, y fué él mismo un pensador y apologista católico. Sin contar con estos precedentes, más la obra de la Institución Libre de Enseñanza, por una parte, y por otra, la del Clero y las Ordenes religiosas, no se puede tener una visión exacta de la cultura española al estallar la guerra de 1936 y después de ella.

Los intelectuales y los hombres de ministerios liberales profesan su fe con una mayor profundidad y conocimiento de la religión que antes, y al decir antes nos referimos a un ayer que puede empezar muy bien hace dos decenios, cuando los españoles no habían pasado por la prueba de fuego que la Providencia les reservaba. Entre las figuras eclesiásticas de relieve que han desaparecido desde 1939, hay que citar al fecundo Cardenal Arzobispo de Toledo don Isidro Gomá, al arabista Asín Palacios, al profesor García Morente, al botánico agustiniano Fr. Luis María Unamuno, al dominico P. Alonso Getino, teólogo y escritor; al erudito benedictino Fr. Luciano Serrano, al físico Pérez del Pulgar y al orador sagrado Alfonso Torres, ambos jesuitas. En la historia, la erudición y las humanidades se distinguen, entre otros muchos, con acento católico, durante el ya largo decenio, el fallecido Llanos Torriglia, el académico González de Amezúa, Pemartín, Herrero García y González Ruiz, los agustinos La Pinta, Félix García y Custodio Vega, el redentorista P. Fernández Retana, los PP. Olmedo, Erradonea, Llorea y Hornedo, jesuitas; los dominicos Carro y Beltrán de Heredia, el sacerdote mallorquín don Lorenzo Riber, el benedictino Pérez de Urbel y los catedráticos de la Universidad de Madrid don Jesús Pabón y don Rafael Calvo Serer. El marqués de Lozoya es historiador del Arte, y don José Larraz, economista, cultivador de la sociología. En Teología, acaso el español más distinguido sea el dominico Santiago M.ª Ramírez, y hay nombres como el del P. Bover, S. J., y el del mariólogo don Gregorio Alastruey. Eserituarios son Benito Celada, O. P. (también egipólogo), y el propio P. Bover, traductor de la Biblia con el hebraísta y profesor de la Central don Francisco Cantera. Nácar, Colunga y Turrado han traducido asimismo los libros sagrados.

La Filosofía cuenta con los catedráticos de Madrid don Juan Zaragüeta y don Leopoldo Eulogio Palacios. Seglares, como este último, son Marcial Soana y los universitarios Angel González Alvarez, José Cortés y Antonio Truyol. En la revista *Pensamiento*, de la Compañía de Jesús, sobresalen los PP. Hellín y Ceñal. El dominico Teófilo Urdanoz es tomista.

Anualmente se celebran en Madrid las «Semanas Bíblicas» y las «de Teología», y en San Sebastián, desde 1947, con autorizadas representaciones seglares, las «Conversaciones católicas internacionales», que han estudiado «El dogma del amor y los problemas actuales», «Los derechos de la persona humana» y «El dirigente de la opinión».

En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, los Institutos «Francisco Suárez», de Teología; «San Raimundo», de Derecho Canónico; «P. Enrique Flórez», de Historia Eclesiástica, aparte otras actividades, cuentan con sus respectivas revistas.

También merece citarse la *Biblioteca de Autores Cristianos*, hermoso instrumento de recristianización intelectual. Entre la muchedumbre de revistas católicas sobresalen *Razón y Fe*, *La Ciencia Tomista* y *La Ciudad de Dios*, de jesuitas, dominicos y agustinos.

En Pintura anotaremos los lienzos murales con que José María Sert decoró por tercera vez la Catedral de Vich y el discutido Cristo de Prieto Coussent; en Escultura y Arte religioso, los nombres de Adsuara, Capuz y Félix Grandá, y en Arquitectura, la iglesia del Espíritu Santo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid), por Miguel Fisac.

La Poesía nueva y novísima está, en parte, transida de religiosidad, sobre todo en el sentimiento. De Adriano del Valle a José María Valverde, pasando por Luis Felipe Vivanco, puede comprobarse la afirmación. Vena católica tuvo en sus últimas creaciones Manuel Machado, y poeta y escritor de acérrimo catolicismo es José María Pemán. Católicas son, en fin, las evocaciones de García Sanchiz y la poesía de Bartolomé Mostaza; y si entre las novelas más vulgarizadas tuviéramos que citar una donde, sin tesis, está presente el sentido católico de la vida, escribiríamos este título: *Mariona Reball*, por Ignacio Agustí.

4 COLUMNAS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL DE HOY



«La Ascensión del Señor», mural de la Catedral de Vich, por José María Sert.

PARA la integral reconstrucción de la religiosidad que reclamaba España al terminar su guerra civil, una de cuyas facetas más brutales había sido la persecución religiosa, con su consiguiente destrucción de templos, imágenes, obras de arte sacro y cuanto diese testimonio de la tradicional fe religiosa del pueblo español, fué preciso estudiar y abarcar los diversos aspectos que presentaba el problema, y uno de los principales era la reconstrucción material de edificios religiosos: catedrales, conventos, casas rectorales, capillas, ermitas y seminarios. Mal podía renacer el espíritu religioso si los pueblos seguían careciendo de iglesia para reunirse a rezar y ejercitarse en las prácticas de la piedad cristiana.

Convencido el nuevo Estado español de la importancia y trascendencia de estas obras en el conjunto de la gran tarea de reconstrucción nacional que planteaba la postguerra, tarea emprendida a partir de 1939, los edificios religiosos fueron incluidos con preferencia entre las obras a las que dedicó toda su actividad técnica y de acción a través de la recién creada Dirección General de Regiones Devastadas. Ya que no fuese posible devolver a las diócesis españolas la gran riqueza en obras de arte religioso y piezas de culto que les habían sido arrebatadas durante los incendios y saques padecidos por los templos y demás edificios religiosos, se les pondrían en pie los templos que admitiesen una reconstrucción o se construirían de nueva planta donde habían sido totalmente destruidos.

Así fué posible que, apenas terminada la lucha, y al mismo ritmo que se construían puentes derrumbados y otras obras de interés público, se iniciase la reconstrucción de las catedrales y conventos en las ciudades y, sobre todo, los humildes templos parroquiales y las ermitas en que la devoción tradicional del pueblo español encontraba sus más fervorosos centros de culto y oración.

El Estado español puso a disposición de Regiones Devastadas la tercera parte del coste de las obras de edificios religiosos, tanto reconstruidos como nuevos, y puso, además, cuantos elementos técnicos y facilidades oficiales fueron necesarios para que la reconstrucción de iglesias, tanto urbanas como rurales, se llevase con el ritmo acelerado que la religiosidad del país demandaba.

Más que todas cuantas palabras se pudieran utilizar para ensalzar la obra del nuevo Estado en orden a la satisfacción de esta demanda de la espiritualidad religiosa del país, tan duramente ultrajada durante la contienda; de esta labor reconstructora y constructora, tanto en el orden estético—puede hablarse ya de una nueva arquitectura religiosa española—como en el moral, de dar satisfacción a la conciencia religiosa del país, lo dirán con máxima elocuencia los números que hablan de la cantidad de templos reconstruidos y de la cantidad de millones de pesetas que en tan ingente labor han sido invertidos.

Para dar una idea aproximada, bastará decir que en estos diez años España ha invertido en la reconstrucción de templos más de mil millones de pesetas, de los cuales, como hemos dicho, el Estado ha aportado la tercera parte, correspondiendo las otras dos terceras a lo aportado por los Obispos y por los propios fieles de las diócesis beneficiarias, muchos de los cuales, al no poder aportar dinero en efectivo, han contribuido a la obra con prestaciones de trabajo personal.

Con este esfuerzo estatal y también de carácter privado se ha llevado a cabo, hasta esta fecha, la reconstrucción total de las Catedrales de Madrid, Sigüenza, Segorbe, Vich, Tortosa y Oviedo. Y se encuentran en vías de reconstrucción las de Santander, Lérida, Huesca, Teruel, Solsona, Cádiz, Basílica de Atocha (Madrid), Vitoria y Albaracín. Asimismo se han terminado, o están en vías de terminación, 1.276 iglesias, 69 conventos, en los que, además, se practica la enseñanza; 87 casas rectorales, 14 capillas, 19 ermitas y 12 seminarios. Aparte de las obras iniciadas con el apoyo oficial, la piedad y la generosidad de los fieles se ha demostrado con una largueza inusitada, ya que apenas hay pueblo o barriada suburbana en que los templos o capillas hubiesen sido destruidos o destruidos, que no cuente hoy con su nuevo templo, que, si bien carecerá de las ornamentaciones suntuosas que acaso atesoraba por una acumulación fervorosa a través de los años, tiene, en cambio, la gracia de una nueva arquitectura religiosa, limpia y desprovista de adornos, pero que también invita, por su simplicidad y gracia, a la oración. Puede asegurarse que en España ya no faltan templos para rezar. Pudiera decirse que la etapa de martirios y persecuciones sufrida por los católicos, y muy especialmente por sus sacerdotes y religiosos, ha determinado un florecimiento de los sentimientos religiosos, y que las más rancias tradiciones devotas del país, ante el ultraje sufrido, se han remozado en un afán de afirmación religiosa, casi de mística popular, que puede observarse tanto en las grandes ciudades como en las aldeas, en que, al lado de la restauración de la iglesia o la ermita o del santuario popular, se lleva a cabo la restauración espiritual por una activa educación religiosa de la juventud. En este sentido, es de notar que el incremento adquirido por la asistencia a los cultos ha alcanzado tal proporción en los últimos años, que también ha hecho necesario la construcción de nuevos templos, que se han realizado y se realizan actualmente por iniciativa de las diócesis y particulares.

